

La actuación de la conjunción republicano-socialista

L. Fersen

Noviembre-Diciembre de 1933

(Tomado de *Revista COMUNISMO (1931-1934). La herencia teórica del marxismo español*, Editorial Fontamara, Barcelona, 1978, páginas 238-244; publicado en *Comunismo*, número 30, noviembre-diciembre de 1933)

La disolución de las Cortes Constituyentes señala una etapa de extraordinaria importancia en el avance de la reacción. Ha habido desde el cambio de régimen acontecimiento de más ruido, pero no ha habido ninguno que se puede comparar a éste en importancia. No creamos, sin embargo, que este acontecimiento ha surgido por sorpresa, como caído del cielo. No; la disolución de las Constituyentes es el resultado de todo un proceso social, de toda una serie de avances de la reacción. A juzgar por la actitud de los socialistas, dijérase que éstos se hallan como sorprendidos de lo que pasa, como si hubieran sido objeto de una coartada, como si hubieran sido engañados, traicionados, y como si esta traición les hubiera llevado a la conclusión de que es menester hacer la revolución social. Así presentan los socialistas la cosa. Ellos han querido hacer, por lo visto, un ensayo de reformismo y la experiencia les ha llevado a conclusiones revolucionarias. ¡Comedia inmunda! Los socialistas sabían muy bien, y además no lo ocultaban, que su misión en la República era contener la revolución proletaria. A medida que iban perdiendo terreno, que se iba asegurando la burguesía, iban subiendo de tono sus amenazas revolucionarias. Pero sin pasar nunca de la palabra al hecho.

Hemos llegado a una altura en que debemos volver la vista atrás, pero no para quedarnos momificados o convertidos en estatuas de sal. La caída de las Cortes Constituyentes nos da el ciclo completo de la traición socialista y cierra un período tan extraordinariamente rico en enseñanzas, que su conocimiento es lo único que puede evitar al proletariado el reincidir en los mismos errores en el período actual, en el que hay menos tiempo que perder. Son las enseñanzas de este período lo único que puede inmunizar al proletariado contra la nueva propaganda revolucionaria de los socialistas y evitar el quedarse preso en las mismas mallas, donde le esperarían golpes terribles.

El escepticismo que empieza a notarse en los medios revolucionarios más conscientes sólo tiene justificación en un sentido: en cuanto se refiere a las posibilidades enormes que el proletariado ha tenido en nuestro país sin haberle sacado provecho ninguno. En este sentido se puede desconfiar de que sepa aprovechar los recursos de que hoy dispone. Pero sería un error profundo creer que la revolución está liquidada, que ya no hay armas que manejar, que nada se puede intentar de momento. Tan lejos estamos de los melodramaturos revolucionarios, que a medida que el proletariado retrocedía se han dedicado a decir que la “revolución avanza”, como de aquellos que teniendo en cuenta la pésima actuación de las organizaciones revolucionarias creen vencida la revolución. Es cierto que en los acontecimientos de nuestro país el proletariado no se ha movido por la acción consciente de las organizaciones revolucionarias, sino que ha estado sometido a sus reacciones elementales: La FAI encarnó en un momento dado la rebeldía de las masas. Pero no tardó en hundir el movimiento que tenía en sus manos a través de toda una serie de episodios trágicos y ridículos. Son grandes las posibilidades de triunfo que siguen, no obstante, abiertas si el proletariado logra orientarse sobre la base de la experiencia vivida y deja de ser puro juguete del azar.

Debido a una serie de circunstancias la burguesía española ha podido apoderarse de la dirección del movimiento revolucionario desde que éste empezó a manifestarse. La caída de la Dictadura sorprendió a todo el campo antimonárquico, desorganizado por completo. Los republicanos tradicionales de Lerroux estaban hasta tal punto desacreditados que no se podía hablar en serio de que pudieran ponerse al frente del movimiento. En el campo obrero estaban organizados el partido socialista y la UGT, que colaboraban con la Dictadura, y sólo a última hora se decidieron a participar en el movimiento revolucionario, con la oposición constante del grupo Besteiro-Saborit. No había organizada ninguna fuerza más. Pero la caída de la Dictadura puso al instante de manifiesto que la ola revolucionaria crecería: los tiros apuntaban directamente a la Monarquía. En la cuestión de las responsabilidades por el advenimiento de la Dictadura, que era el caballo de batalla del momento, quedaba incluido el rey. Sin estar organizada todavía ni haberse traducido en consignas claras, la corriente republicana era enorme. El gobierno de Berenguer se encontró desde su nacimiento desprovisto de todo apoyo, sin tener la menor posibilidad de asimilarse ninguna fuerza nueva, y sin esto, por otra parte, no podía vivir. Hacia atrás, hacia el régimen de fuerza, no había salida, pues el ejército salía de la Dictadura desmoralizado, deshecho, devorado por las luchas intestinas. En fin: que no sólo la situación general era la menos apropiada para una dictadura, sino que el ejército estaba, por su misma situación interior, incapacitado para acometer esta empresa. Hacia adelante no había más que el abismo revolucionario. Los políticos del antiguo régimen que habían adquirido cierto prestigio con las persecuciones de la Dictadura perdían su autoridad tan pronto se manifestaban conciliadores con la Monarquía. El apoyo del desdichado gobierno de Berenguer quedó reducido a los puntales más apolillados: Romanones, Cierva, Bugallal... y otros que sentimos no recordar.

El proletariado no ha tenido (no podía tener, dada la posición de la UGT, única fuerza organizada) ninguna participación activa en el derrocamiento de la Dictadura. Alentados por el descontento general, el grueso de la lucha lo llevaban los elementos intelectuales y los estudiantes. Los obreros intervenían constantemente en las luchas con carácter individual, pero no bajo la dirección de sus organizaciones. Como siempre sucede, después de un largo período de opresión, adquieren categoría de caudillos toda una serie de elementos que se han distinguido o se han encontrado en oposición al régimen caído, pero no pueden representar la voluntad profunda de la revolución así como va adquiriendo formas concretas. Tal los Unamuno, los Alba, los Sánchez Guerra, de cuyas declaraciones estaba todo el mundo pendiente inmediatamente después de caído Primo de Rivera.

El proletariado empezó a intervenir de una manera organizada bastante tarde. Su primera intervención de importancia fue la huelga general de Sevilla, de junio de 1930. Pero a partir de este momento el movimiento de masas adquiere grandes proporciones y su dura realidad perturba no poco el lirismo revolucionario de los liberales. En el verano de 1930 la agitación liberal descendió considerablemente, por motivos de estación: los estudiantes estaban de vacaciones y los caudillos veraneando. No se debe al azar, sino a la estación, el que los republicanos sellaran su pacto en San Sebastián. Al mismo tiempo se recrudecía la agitación obrera. Primero Galicia, en protesta contra Calvo Sotelo; después, Barcelona; después, Bilbao, etc. Entre septiembre y octubre el movimiento se extendió como un reguero de pólvora por todo el país, y después siguió aumentando. Los socialistas se ven arrastrados en noviembre a la huelga general en Madrid, por los sucesos de la calle de Alonso Cano. Cuando los socialistas se resignaron a declarar la huelga, ya

la huelga era un hecho. Esta huelga tiene repercusión en Barcelona, en Valencia y en otros puntos.

El retraso en manifestarse del movimiento obrero ha sido debido, como hemos dicho, a la posición de los socialistas. Fue menester que se organizara la CNT, que el comunismo empezase a actuar (la huelga de Sevilla estuvo inspirada por el partido) y que el socialismo empezara a perder el control de sus propias masas, para que entrase en escena el proletariado. Los socialistas estaban en una actitud de franca hostilidad al movimiento republicano. Hubo un momento en que esta hostilidad llegó a repercutir seriamente en la vida interna del partido: escisión en las juventudes; Prieto y Fernández de los Ríos en coqueteos con los republicanos, saltando sobre la disciplina de la organización; los ataques de los republicanos contra el socialismo eran cada vez más duros. Puestos de acuerdo los elementos republicanos entre sí, no podía el partido socialista prolongar su neutralidad, y fue entonces cuando quedó constituida la conjunción.

La conjunción republicano-socialista pudo prosperar porque parecía responder a la necesidad de unificar el campo antimonárquico. Tanto. El proletariado como el elemento estudiantil; la intelectualidad avanzada y todo lo que había de más progresivo en el movimiento, creían ver en la conjunción la revolución organizada, cuando en realidad encarnaba en el pensamiento de sus mismos directores las precauciones contra los posibles avances de la revolución. Se concentró toda la atención en un solo punto, el monarca, tomando como base la cuestión de las responsabilidades. La importancia que los elementos más responsables del republicanismo le daban a esta cuestión no respondía a un sentimiento sincero, como los hechos han demostrado posteriormente. Se abultaba la cuestión de las responsabilidades para pasar a segundo término, como cuestiones que resolvería la República casi amigablemente, todos los problemas sustanciales de la revolución: cuestión clerical, cuestión agraria, cuestión obrera, cuestión catalana. Los directores del movimiento sabían que no era posible entrar en la revolución sin acometer estos problemas, y teniendo esto en cuenta prometieron darles una solución; pero sin comprometerse en nada concreto: las Cortes resolverían... Pero en las Cortes todos sabían que era donde se podría escamotear la cuestión. Instaurar una democracia eliminando a los personalmente “responsables” de que la democracia no existiera, era el problema fundamental. Lo demás, eliminados los monstruos, “los responsables” de todas las desdichas, vendría por añadidura. Eran, en todo caso, problemas secundarios. Así lo proclamaba, por ejemplo, Unamuno, y Prieto invocaba a Unamuno sabiendo mucho mejor lo que quería que el otro espantapájaros.

La estructura, la distribución de cargos en la conjunción republicano-socialista, era algo más elocuente que todos los discursos que se pudieran pronunciar. Los elementos más reaccionarios, recién llegados del campo monárquico con el único y exclusivo objeto de estrangular la revolución, ostentaban los cargos fundamentales. Alcalá Zamora y Maura habrían de ser, respectivamente, presidente y ministro de la Gobernación del gobierno futuro. Estos dos cargos son en un período revolucionario los más importantes. Pero no había en el campo obrero quien quisiera y supiera delimitarse sin perjuicio de la acción conjunta contra la Monarquía. El PC no jugaba ningún papel, o, mejor dicho, jugaba un papel ridículo, sosteniendo una táctica como hecha exprofeso para quedarse al margen de los acontecimientos. La posición de la CNT en este momento fue algo como solo podía salir de ese manantial de estupidez que es el anarquismo. Aunque hoy la FAI pretenda descargar toda la responsabilidad sobre el grupo Pestaña-Peiró, los “anarquistas puros” no lo harían en forma distinta ni mejor.

La garantía de una lucha eficaz contra la Monarquía no podía estar en conjunción. Esta representaba, por el contrario, su mayor freno. No tardaron en demostrarlo así los acontecimientos: constituida la unidad total del campo antimonárquico, contando con el apoyo de las grandes masas, la conjunción no se resuelve a actuar. ¿Era aquello la suspirada cabeza del movimiento revolucionario, o una mole que se le había puesto encima? La conjunción no se decide a dar ningún paso y van transcurriendo las semanas en constantes aplazamientos, que eran el reflejo del pánico a la revolución. Por fin viene la insurrección de diciembre, que no se hace por iniciativa de la conjunción, sino que ésta se ve arrastrada a la lucha por la sublevación de Jaca, que se hace contrariando las órdenes de la conjunción republicano-socialista. En forma que sin exageración se puede llamar canallesca, se pone aquí en evidencia el papel que estaba representando la conjunción; el movimiento adquiere gran importancia en provincias (en Gijón, en Bilbao, en Huelva...); pero falla en Madrid, donde se encontraba la dirección. La revolución triunfaba, pero solo en la medida en que podía desbordar a sus dirigentes. La huelga de Madrid, proyectada ya en la forma cobarde de un paro pacífico que debía venir a sancionar la toma del poder por los militares, sin darle ninguna iniciativa al proletariado, se acabó no declarándola por miedo a la huelga. Si no hubiera una dirección cuya principal preocupación era el “temor a los excesos de la revolución”, la insurrección de diciembre no podía fracasar. Un mínimo de lealtad a la revolución bastaba para asegurar su triunfo. Se necesitaba únicamente que sus directores no fueran enemigos declarados de la insurrección, a la cual iban arrastrados por lo desbordante de la situación.

Después de esta “aventura” la conjunción vuelve a su natural quietud, al mismo tiempo que crece la fuerza del movimiento republicano. En los meses que median entre diciembre y abril, la conjunción demuestra que no tiene ningún programa de acción. Los bríos revolucionarios parece como si se le hubieran agotado en diciembre. Nada más desconcertante que la situación creada en aquellos meses. A consecuencia de la insurrección de diciembre y de los fusilamientos de Jaca, el movimiento republicano sube. Y la conjunción no sabe lo que hacer ni piensa en nada concreto. Cuanto más crece la revolución mayor es su miedo. De todos modos, los elementos más reaccionarios no excluyen la posibilidad de que el poder les venga a las manos sin ningún acto revolucionario, aunque, claro está, sobre este punto no podían tener seguridad ninguna. Ellos (los Maura, los Alcalá Zamora) ponían de su parte lo que buenamente podían poner, la revolución indecisa, paralizada, que era el mejor medio de darles a entender a las clases privilegiadas que la República no iba contra sus privilegios. Esto equivalía a decir que el proletariado no avanzaría.

Aquel campo unificado contra la Monarquía, aquel conglomerado de todas las clases, tendría que diferenciarse una vez caído el régimen, y entonces se vería que las diversas clases iban a la revolución con motivos completamente distintos o antagónicos. Para el proletariado, la revolución significaba toda una serie de reivindicaciones de clase que al irse concretando en el curso de la lucha lo llevarían a tacar en sus cimientos el mismo régimen capitalista, a eliminar a la burguesía. Para las clases oprimidas del campo, la revolución significaba sencillamente la apropiación de la tierra. La pequeña burguesía llevaba como norte los ideales democráticos en su forma más idílica: la democracia corregiría los excesos y extravíos de las clases privilegiadas (que, en general, comprenderían la conveniencia de hacer concesiones para no ser arrolladas por la revolución) y daría satisfacción a lo que hubiese de “razonable y posible” en las reivindicaciones de las clases oprimidas, que en vista de ello también comprenderían la inutilidad de una medida extrema como es la revolución; así quedaría establecido un reino

de paz social. La gran burguesía, y en general los elementos más conscientes de la reacción, sabían muy bien que estaban ante la descomposición del estado monárquico y ante un movimiento de masas que amenazaba arrollarlo todo. El problema para ellos era adular al movimiento, hacer ciertas concesiones, conseguir controlarlo, y, una vez que hubiesen atravesado el Rubicón y consolidadas sus posiciones, aplastar al proletariado. Para hacer esta travesía, las ilusiones pequeñoburguesas y el programa reformista eran el complemento ideal. Por eso no hay contradicción, sino que hay una consecuencia osada y cínica en la actitud de Maura, que cuando la primera crisis del gobierno aconseja la formación de un gobierno de republicanos de izquierda y socialistas, pues de ello dependía, según él, la “salvación de la República”, y luego se transforma en su mayor enemigo, abandona las Cortes y se muestra dispuesto a ligarse a los partidos monárquicos para dar la batalla a los republicanos de izquierda y los socialistas. Igual ha sido la actitud del sufrido y sacrosanto señor Lerroux, que se mantiene en la coalición hasta la elección del presidente de la República, en cuya fecha cree que ya dispone de un aparato lo suficientemente resistente en que apoyarse para emprender el ataque contra el proletariado en todas sus manifestaciones, incluso en su manifestación reformista. Un poder más fuerte, que pueda aplastar las organizaciones revolucionarias, bajarle los humos al reformismo, dejar reducido a un papel bien muerto la reforma agraria, que ya no era más que eso, y todos los delirios laicos y autonomistas de estos dos años, he aquí el programa mínimo de la burguesía acaudillada por Lerroux. De aquí para arriba: no dejar los delirios de estos dos años ni en el papel, es el programa de Maura, uno de los principales directores de la política de este bienio. Y luego vienen los partidos monárquicos, que navegan inflados por el triunfo del fascismo en Alemania, dispuestos al aplastamiento brutal del proletariado, acompañado forzosamente de una restauración.

¿Se puede hablar de traición en el curso seguido por la conjunción republicano-socialista? No. Era reaccionaria desde su constitución. La política del ala derecha, Alcalá Zamora-Maura-Lerroux, ha sido consecuente en todo momento. Primero se apoyaron en el reformismo obrero y en los partidos democráticos avanzados. Para eso se constituyó la coalición. Después es la misma ala derecha quien, en la medida que va consolidando posiciones, toma la iniciativa de la ruptura. ¿Traición en esto? No; prescindiendo de cuestiones de detalle, es una política consecuente. Donde hay traición consciente es en el reformismo. Los socialistas sabían muy bien que iban, por lo pronto, a servir de dique a la revolución proletaria en una coalición dirigida por Maura y Alcalá Zamora, sobre cuyo izquierdismo no cabía hacerse ilusiones. En el curso de la colaboración en el gobierno, los socialistas han ido de capitulación en capitulación. Hoy hablan de traición y, como si estuviesen desengañados, amenazan con la revolución social¹. Sin embargo, la política del ala derecha de la antigua conjunción republicana y socialista no surgió por sorpresa de la noche a la mañana, sino que ha venido por sus pasos. ¿Por qué esperan los socialistas a estar fuera del poder, a que la cacareada “traición” hubiese llegado al acto final, para amenazar con la revolución? La traición (si los socialistas fueran tan ingenuos que se hubieran hecho ilusiones sobre el revolucionarismo de Maura-Lerroux) se manifestó desde el primer momento, en la cuestión de las responsabilidades, en la cuestión religiosa,

¹ Ante la perspectiva de un triunfo de las derechas y la subida al poder de la CEDA, que encarnaba la opción parlamentaria más reaccionaria de la burguesía (incluso, a veces, difícil de distinguir de la reacción fascista), se aglutinó una importante corriente de izquierda en el PSOE, las JS y la UGT. Esta criticaba el curso seguido por la conjunción republicano-socialista y llamaba a su ruptura. Asimismo, preconizaba verbalmente la revolución social y la instauración de la dictadura del proletariado. Poco tiempo después, sus dirigentes aceptarían y firmarían el pacto de Frente Popular.

en la cuestión agraria, en todo. ¿Por qué no tomaron los socialistas la iniciativa de la ruptura así como se iba manifestando la política que exigía la renuncia a los más elementales intereses de revolución? Los socialistas no tomaron la iniciativa de la ruptura de la conjunción porque sabían que ése no era su papel en el bloque, porque sabían que eso equivalía a hacer la revolución social. Su papel era esperar a que las derechas se consolidasen y luego abandonar el poder, aunque fuese con cierta resistencia. Por lo demás, ya antes de abandonar el poder amenazaba Largo Caballero con la revolución. ¿Qué preparaba Largo Caballero con aquellas amenazas: la revolución? Si eso fuera, no abandonaría el gobierno tan pacíficamente. Lo que preparaban los socialistas con aquellas amenazas eran las elecciones, que se avecinaban.

El advenimiento pacífico de la República fue el resultado del monopolio del movimiento revolucionario que adquirieron las derechas. Los monárquicos abandonaron el poder sin resistencia porque sabían que mejor era entregarlo a manos amigas que defenderse, con lo cual sólo harían ahondar la revolución. Los intereses de clase, el instinto de conservación de la clase, se impuso, como es natural, a las divergencias sobre el régimen político. Y el advenimiento pacífico de la República fue la mayor desgracia para el proletariado, pues elevó al colmo las ilusiones democráticas y le permitió a los gobiernos hacer cómoda e impunemente la labor contrarrevolucionaria que se había asignado. El cambio pacífico de régimen dejó al proletariado, intelectual y materialmente, no desarmado, pero si mal armado. Si hubiera luchado habría conquistado mejores posiciones y no quedaría tan invadido del morbo democrático.

Hoy estamos asistiendo al final, perfectamente previsible, de todo ese proceso político. El proletariado español no ha tenido un partido de clase que supiera guardar su independencia antes de la República y que supiera avanzar después. El ala revolucionaria perdió el tiempo en el criminal petardeo anarquista o en el cultivo de la frase revolucionaria. Y ahora, es lo curioso, que quienes se negaban a todo contacto con los socialistas cuando era necesario para avanzar, se alían hoy a ellos para defenderse del fascismo y de la reacción. No nos importa saber en qué grado estas alianzas se deben al impaciente carrerismo; lo importante es que hay ambiente para ello. El mayor peligro del momento (toda la experiencia pasada no habría servido de nada) es que prospere la tendencia a agarrarse a los faldones del reformismo para defenderse de la contrarrevolución. ¿Se puede creer en la radicalización del socialismo? No. ¿Se puede luchar contra el fascismo sobre bases reformistas? No.

Existen las condiciones para luchar victoriosamente contra el fascismo, a condición de que el ala revolucionaria del proletariado sepa hacer lo que no ha sabido hacer hasta ahora: asegurar el contacto con el socialismo para fines definidos, sin hipotecar su libertad de acción. Hemos dado ya una vuelta completa y hay el peligro de que nos volvamos a enganchar a la noria en un período defensivo, cuando tenemos menos tiempo que perder. En sacar todas las consecuencias de un proceso político de dos años está la garantía de la victoria.

Edicions Internacionals Sedov
Serie: Años 30: Materiales de la Oposición Comunista de España, de la Izquierda
Comunista Española y de la Sección B-L de España



germinal_1917@yahoo.es